

**CUANDO GIRAN
LOS MUERTOS**

IGNACIO DEL VALLE

**CUANDO GIRAN
LOS MUERTOS**



53.º PREMIO DE NOVELA ATENEO DE SEVILLA

algaida



El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Alberto Máximo Pérez Calero (Presidente de Honor), Esperanza Alcaide, Miguel Cruz Giráldez, Espido Freire, Miguel Ángel Matellanes, Rafael Muñoz Zayas, Francisco Prior Balibrea y Pita Sopena Castiella, y actuando como secretario Ángel Moliní Estrada. La novela *Cuando giran los muertos*, de Ignacio del Valle, resultó ganadora del 53.º Premio de Novela Ateneo de Sevilla.

La dotación de este premio de novela, que convoca el Ateneo de Sevilla, ha sido posible gracias a la colaboración de las entidades Fundación Unicaja, Ámbito Cultural y Algaida Editores.



Fundación
Unicaja

ÁMBITO
CULTURAL
El Corte Inglés

Primera edición: 2021

© Ignacio del Valle, 2021

Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria

© Algaida Editores, 2021

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-605-0

Depósito legal: SE.1658-2021

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

GESTOS EN LA OSCURIDAD	13
1. LOS PECES DE BOQUITAS FRÍAS	15
2. EL CORAZÓN DE LOS VENCIDOS LATE MÁS DESPACIO. .	37
3. LA VORACIDAD	58
4. BEBER EN HORAS DE OFICINA	84
GESTOS EN LA OSCURIDAD	102
5. DE ELEFANTES Y CIEGOS.	108
6. NUEVOS TRUCOS DE DESAPARICIÓN	134
7. LOS MUERTOS QUE GIRAN.	159
GESTOS EN LA OSCURIDAD	180
8. LA BIOLOGÍA DE LA SARDINA	185
9. NADIE VAGA IMPUNEMENTE ENTRE LAS PALMERAS. . .	210
10. TRES OVEJAS EN UNA CABAÑA.	233
11. LA CULPA SIEMPRE ES DEL PORTERO	262
GESTOS EN LA OSCURIDAD	301
12. COMANCHES	309

13. LOS BOSQUES DE INARI.....	346
14. <i>FATA VIAM INVENIENT</i>	388
GESTOS EN LA OSCURIDAD.....	427
ADDENDUM	445

*Para mis padres, María del Carmen y Paco,
que siguen con la ilusión del primer día mi aventura literaria.*

Nadie vaga impunemente entre las palmeras.

J. W. GOETHE, *Las afinidades electivas*

GESTOS EN LA OSCURIDAD

MÉXICO NO ERA UN PAÍS, SINO UNA FORMA DE LOCURA. Arturo Andrade pensaba en ello mientras intentaba dar una configuración a lo sucedido, cierto orden, a la sangre, a los muertos, los cómo y los porqués, quién había hecho qué a quién, todo lo que constaría en los expedientes oficiales, pero las preguntas que realmente le interesaban no concernían a los informes, sino a cuándo había comenzado realmente toda aquella ira y sentimentalidad, cuáles eran las raíces donde se asentaba lo sucedido, porque no acaba de creerse que toda aquella carnicería hubiera comenzado únicamente con un secuestro. Quizás todo viniese de hogueras ya frías, de actos cometidos en la oscuridad de décadas pasadas, de afrentas muy antiguas. Arturo analizaba cada recuerdo, cada palabra, cada gesto: la poesía desgranada, el olor a salitre, las confidencias al calor del whisky, aquella ciudad que contenía toda la belleza y todo el horror que se pudiera concebir, el lago, las máscaras, las caricias y el

amor malgastado, la lealtad asolada, los viajes por carretera, la violencia, los hombres capaces de volar, las cabañas apartadas, los viejos ogros de la Revolución... Era necesario para fijar un punto de calma en su interior, cierta certeza de que había tenido alguna oportunidad de detener aquel carrusel de asombro, rabia, miedo, impotencia, en ocasiones innecesariamente melodramático. Era algo en lo que quería creer. Que merecía creer. La música comenzó a sonar en su cabeza, como en uno de esos juegos de sillas, y los protagonistas daban vueltas con ritmo y emoción, pero, cuando parase la música, todos sabían que no habría sillas para todos.

LOS PECES DE BOQUITAS FRÍAS

MIENTRAS MIRABA POR LA VENTANILLA DEL AVIÓN, Arturo se dio cuenta de que era la primera vez que salía de España en cuatro años. El vuelo Barajas-Ciudad de México sobrevolaba el océano, que aún guardaba luz refulgente en su piel oscura y pesada. Tras unos minutos contemplando su superficie, se dio la vuelta y echó un vistazo entre los asientos: Manolete estaba sentado dos filas más atrás. Se trataba de su primer vuelo en un avión comercial, y a la sorpresa del recibimiento con un cóctel en la pista del aeropuerto se le unió el entusiasmo de la cena gratis y abundante, embutidos, carne, vino... todo servido con mantelería, en platos de porcelana y con copas de cristal. Sin embargo, lo que realmente le había vuelto loco era la barra libre: la azafata pasaba una y otra vez con el carrito repleto de brandy y whisky, y en ninguna de las rondas había dejado de meter mano; mezclándolo todo, por supuesto, no fuera a acabarse. Si en algo le conocía, su amigo no tardaría en inten-

tar también meterle mano a la azafata, que ya empezaba a sufrir turbulencias en sus proximidades, aunque lo más probable es que antes se quedase dormido, borracho como un piojo. Lo bueno de Manolete es que era un animal de costumbres.

A su lado estaba sentada una madre con su hija. Tenían trazas mestizas, el pelo muy negro, recogido en gruesas trenzas; la niña no le soltaba la mano, y se entretenía haciendo poses ante el espejo en que el anochecer iba transformando su ventanilla. Arturo estuvo un rato observando a la niña, su madre se percató y le sonrió, Arturo devolvió la sonrisa y cuando la niña le miró, le guiñó un ojo, lo que le provocó un ataque de pudor refugiándose en su madre, que le dio besos en el cabello. Arturo se dio la vuelta, miró de nuevo por la ventanilla, ahora *in tenebris*, y giró su cabeza a la izquierda para observar a su compañero de vuelo. Era un hombre en sus cincuenta que, como ya le había contado él mismo, había cumplido por tercera vez; tenía un pelo negro y espeso, peinado hacia atrás con una brillantina que a duras penas podía contener sus rizos, una nariz aquilina, que sobresalía de su rostro mofletudo como el pico de un búho, y sufría una obesidad que no tardaría en volverse morbosa. En ese momento fumaba un enorme cigarro Romeo y Julieta, que sembraba de ceniza las solapas de su chaqueta; cuando lo tenía entre los labios le daba vueltas entre sus dedos gorduzuelos, de uñas limadas hasta lo inverosímil. Las volutas de humo se engrosaban alrededor de su cabeza, semejan-do uno de esos cascos espaciales que en alguna ocasión había descrito en sus cuentos de ciencia ficción. Don Fé-

lix Arcadia, tercer conde de Altudia, cuarto marqués del Buenrostro, falangista de primera hora, poeta, novelista, periodista y diplomático, un personaje él mismo, digno de cualquier relato. Parecía amodorrado tras la opípara cena que había disfrutado, sin contar los dos coñacs que se acababa de empujar, pero sus ojos vagaban constantemente, nunca se detenían.

—¿Está todo bien? —le preguntó Arturo.

Don Félix le miró, expulsó un chorrillo de humo y fingió una mezcla de asombro y escándalo.

—¿Bien? ¿Cómo podría estar todo bien? Eso sería simplemente excesivo, y quizá injusto para el resto de los hombres.

—Pero, al menos, habrá comido a su gusto.

—Ah, eso sí —una sonrisa cruzó rápidamente sus labios—. El puré de patatas estaba hecho con mantequilla, como debe ser, y el solomillo a la pimienta tenía el punto justo de ídem. El flambeado de brandy también le daba un saborcillo... Mmm. Y qué me dice del tocinillo de cielo.

—Con su nata montada.

—Con su nata montada. Pero no se equivoque, mi naturaleza continúa siendo metafísica.

Arturo Andrade sonrió. El conde tenía una voz grave y risueña, y en el poco tiempo que se conocían ya se había acostumbrado a sus salidas de tiesto, una mezcla de misticismo y volterianismo, epicureísmo y cinismo. Tenía su gracia.

—Don Félix, tengo entendido que ha corrido mucho mundo —comentó por hacer tiempo antes de que apagasen las luces.

—Quiere decir que soy culo de mal asiento. Sí, he estado destinado en Sofía, Bucarest, Roma, Buenos Aires, Helsinki... Y ahora que menciono la tierra del reno Rodolfo, recuerdo que anduvo usted por Leningrado.

—Sí, muerto de frío.

—Yo estuve de observador en el 42, en el lago Ladoga.

—Yo llegué en el 43.

—Vaya, una pena: podríamos habernos congelado juntos. Allí estuve con Curzio Malaparte, ¿le conoce?

—De oídas.

—Cuando le pregunté a qué venía el pseudónimo de Malaparte, me respondió que Bonaparte ya había uno.

Comenzó a reírse, su papada temblaba; era un humor contagioso. Se concentró unos momentos en su cigarro.

—Malaparte era un gran escritor y un mal amigo. Suele pasar entre los hombres de letras, tenemos genio, somos ególatras, susceptibles... y quizás nos hacemos demasiadas preguntas.

—Se olvida la envidia.

—Vaya —sonó como un cumplido—, ya me habían comentado que era usted terriblemente elocuente. Y la envidia, por supuesto. Pero lo pasamos bien mientras duró.

—¿Puedo preguntarle qué les sucedió?

Los ojos del conde se achinaron.

—Acabamos de conocernos, señor Andrade, no tenga prisa. Tenemos mucho tiempo por delante, y a mí me gusta conversar. Y, sobre todo, hablar de mí mismo.